



MITO E HISTORIA: LA RIVALIDAD DE DOS HERMANOS*

Myth and History: The Rivalry of Two Brothers

Julio LÓPEZ SACO

julosa.ucv@gmail.com

Universidad Central de Venezuela, Venezuela

Fecha de recepción: 20-IX-2015

Fecha de aceptación: 19-III-2016

RESUMEN: El pensamiento occidental se ha orientado hacia destacar la pasión por el conocimiento y no por hacer relevante el conocimiento de las pasiones, obviando o despreciando esos saberes tradicionales en los que los seres humanos estamos sumergidos desde nuestro nacimiento como género y como individuos. Como la historia no ha de estudiar únicamente lo que ocurrió, sino cómo se sintió o pensó quién participó en lo que acontecía, pues los seres humanos, agentes de la historia, actúan conducidos por pasiones, el mito es un producto de la misma. El discurso narrativo de la historia, por otra parte, no es un medio neutral para representar acontecimientos y procesos históricos, sino que es materia de una concepción mítica de la realidad. Se comprende la atracción del discurso histórico si se reconoce en qué medida hace deseable lo que es real. El vocablo historia proclama ambigüedad, uniendo aspectos objetivos y subjetivos. Denota las *res gestae*, pero también la historia *rerum gestarum*, incluyendo lo que ha sucedido y también la narración de lo que ha ocurrido. El concepto de historia reproduce, por consiguiente, la ambigüedad que existe en la falta de distinción apropiada entre el objeto de estudio, que es el pasado humano, y la trama del discurso que sobre tal objeto se despliega. La representación histórica emplea la imaginación y permite que el potencial lector deje que su imaginación contribuya a focalizar dicho pasado. El mito influye, además, en las realidades sociales, ejerciendo un papel legitimador, o no, como ocurre

* El fundamento de este artículo fue presentado como una comunicación en el Simposio titulado *La Historia: subjetividades, mitificaciones y simbologías en sus procesos y sentidos*, en el marco de las XI Jornadas de Investigación Humanística y Educativa, celebradas en la Universidad Central de Venezuela (Caracas), entre los días 15 y 18 de junio del 2015.

con la realidad política de una ciudad o la prestigiosa de una familia nobiliaria. Es por eso que hoy ya no se debe aludir a una separación evidente entre mito e historia, pues toda concepción histórica posee elementos míticos. En definitiva, sin acciones que bordeen el mito, sin algunos resabios del mismo, no se hace historia, sin que ello la descalifique, sino que la enriquece.

Palabras clave: mito; historia; pensamiento; narración.

ABSTRACT: Western thought has been oriented towards highlighting the passion for knowledge and not by making relevant knowledge of the passions, ignoring or despising those traditional knowledges in which human beings are submerged since our birth as a genre and as individuals. As history has not only study what happened, but how he felt or thought who participated in what happened, as human beings, agents of history, act driven by passions, the myth is a product of the same. Narrative discourse of history, on the other hand, is not a neutral means to represent events and historical processes, but that is a matter of a mythical conception of reality. It is understood the attraction of the historical discourse if recognition to what extent it makes desirable is real. The word history proclaims ambiguity, combining objective and subjective aspects. Denotes the *res gestae*, but also the *history rerum gestarum*, including what happened and also the story of what has happened. The concept of history plays, therefore, the ambiguity that exists in the absence of proper distinction between the object of study, which is the human past, and the plot of the speech that on such an object is displayed. Historical representation employs the imagination and allows the potential reader to leave your imagination to help focus the past. The myth also influences social realities, exerting a legitimating role, or not, as it is the case with the political reality of a city or the prestigious noble family. Therefore, that today already not is should refer to separate clearly between myth and history, as all historical conception has mythical elements. In short, no action the mythical bordering, without some smack of the same is not history, without that it disqualifies it, but that enriches it.

Keywords: Myth; History; Thought; Narration.

SUMARIO: 1. Introito. 2. Diversas historias, algunos mitos. El imaginario de la historia. 3. Mito «historizado». Entre nacionalismos, ideologías y utopías. 4. *Conclusio*. 5. Referencias bibliográficas.

1. INTROITO

Hoy, muchos historiadores modernos afirman que el discurso narrativo de la historia no es un medio neutral para representar acontecimientos y procesos históricos, sino que es materia de una concepción mítica de la realidad. Se comprende la atracción del discurso histórico si se reconoce en qué medida hace deseable lo que es real. La narrativa histórica revela un mundo supuestamente acabado y concluso, pero no disuelto ni

todavía desintegrado, en el que la integridad de la realidad la imaginamos, sin experimentarla. Desde el punto de vista de la forma, no de los contenidos, las historias de la historia no son diferentes de las ficcionales. El vocablo «historia» proclama ambigüedad, uniendo aspectos objetivos y subjetivos. Denota las *res gestae*, pero también la historia *rerum gestarum*, incluyendo lo que ha sucedido y también la narración de lo que ha ocurrido (Danto, 1990, pp. 67-68; McCullagh, 1984, esp. pp. 70-88; Gorman, 1982, pp. 105-113)¹. El texto histórico, polisémico y complejo, requiere, además de las descripciones, ser completado con las explicaciones, generalmente intuitivas y dependientes de los criterios (las intenciones de las personas) y las analogías, de tipo político, económico, social. La historia es, así, indiscernible de una antropología implícita.

El concepto de historia reproduce, por consiguiente, la ambigüedad que existe en la falta de distinción apropiada entre el objeto de estudio, que es el pasado humano, y la trama del discurso que sobre tal objeto se despliega. En su contemplación, la representación histórica emplea, sin duda, la imaginación y permite que el potencial lector deje que su imaginación contribuya a focalizar dicho pasado. En definitiva, todos los acontecimientos históricos poseen una estructura narrativa, de tal manera que los historiadores entienden el relato como una «representación», naturalmente válida, de tales acontecimientos. Son los vestigios, las reliquias o los rastros del pasado, las materias primas del discurso del historiador, y no tanto los acontecimientos. Los discursos del historiador no son reproducciones miméticas de los hechos y acontecimientos, sino el procesamiento reflexivo de dichas reliquias con la intención de conferirles significación en la que lo simbólico toma consideración. Las experiencias del pasado ya no pueden experimentarse, hecho que provoca que el conocimiento histórico pueda ser susceptible a su consideración como constructo de la imaginación y del pensamiento. En tal sentido, podría decirse que su autoridad no es mayor que la fuerza persuasiva del historiador acerca de la veracidad de su relato, a pesar de que la historia (en el sentido de un determinado relato del pasado) posee un referente real y no meramente imaginario.

El mito influye en las realidades sociales, ejerciendo un papel legitimador, o no, como por ejemplo ocurre con la realidad política de una ciudad o prestigiosa de una familia nobiliaria. Es por eso que hoy ya no se alude a una separación evidente y lógica entre mito e historia, pues toda concepción histórica posee elementos míticos. El mito se

¹ La historia necesita el relato porque es un saber de lo contingente, en el sentido de los sucesos posibles, y lo contingente debe ser narrado, contado. En tal sentido, el acontecimiento se concibe a través del relato, no al revés. El concepto de lo que constituye un acontecimiento real se focaliza no sobre la distinción entre verdadero y falso, distinción que pertenece al orden de los discursos y no de los acontecimientos, sino sobre la diferenciación entre real e imaginario; por tanto, perteneciente al orden de los acontecimientos y al de los discursos a la vez. Se puede crear un discurso imaginario sobre acontecimientos reales (como muchas veces ocurre en la historiografía) que no es menos verdadero por la circunstancia de ser imaginario. *Vid.* White, 1992, pp. 74, 121 y 185; y Ricoeur, 1982, esp. pp. 139-143, 151 y ss.

hace presente en la historia, confiriéndole cierta señera autoridad, cuando proporciona rastros de informaciones sobre hechos pasados, de geografía o costumbristas.

Desde una perspectiva histórica, el pensamiento de Occidente se ha orientado hacia destacar la pasión por el conocimiento y no por hacer relevante el conocimiento de las pasiones, obviando, o pasando por alto o, incluso, despreciando, esos saberes tradicionales en los que los seres humanos estamos sumergidos desde nuestro nacimiento como género y como individuos. Como la historia no ha de estudiar únicamente lo que ocurrió, sino cómo se sintió o pensó quien participó en lo que acontecía, pues los seres humanos, agentes de la historia, actúan conducidos por pasiones y motivos diversos, el mito es un producto de la misma, forma parte de ella. No se puede pensar sobre la historia occidental sin entender, por consiguiente, que el sustrato es un mito reinventado e historizado. El mito, como módulo de la historia, va por delante de ella, da fe, y la legitima, configurando el «alma» de las diferentes épocas históricas, lo que significa que sin las estructuras míticas no hay inteligencia histórica posible.

2. DIVERSAS HISTORIAS, ALGUNOS MITOS. EL IMAGINARIO DE LA HISTORIA

Se intentará en este trabajo, mediante algunos ejemplos medievales, modernos y contemporáneos, evidenciar el funcionamiento y pervivencia del mito en la historia.

Los textos de la antigüedad hacían correlativos niveles o estratos completos de tiempo insertando la historia humana y política en un gran esquema de cosmogonía. Los registros en forma de anales de los aztecas contenían una gran cantidad de historia mesoamericana localizada en un territorio y en una serie de hechos materiales. El relato Watunna de los caribes, establece también múltiples puntos de referencia histórica, ofreciendo respuestas a enigmas, que obtuvieron «respaldo» científico tras las expediciones realizadas en el espacio geográfico al que se refería el texto, a partir de los años cincuenta del siglo xx. Se vincula aquí, con claridad, cosmogonía con la historia humana (*vid.* Wolf, 1984, pp. 34-35 ss.; Yourgrau y Breck 1977, pp. 68-74 y ss; Hill, 1988, pp. 19-23). Del mismo modo, en nuestra moderna sociedad, las informaciones políticas e históricas se hacen más inteligibles cuando se difunden espacialmente a través de armazones míticos cuidadosamente contruidos.

En algunos mitos, los dioses se establecen en un contexto histórico, como ocurre en el Edda de Snorri Sturluson, del siglo XIII. Al igual que otros tratados medievales, el Edda se equipó con un prólogo en donde los dioses se hacen históricos: Odín es un rey histórico, quien conduce una emigración desde Troya para establecerse en Suecia. Edda se convierte en propiedad intelectual de los eruditos del norte, figurando en las narrativas originaras producidas por los historiadores islandeses. Incluso Snorri será convertido en el más famoso autor entre el *corpus* de escritos medievales islandeses. En otros textos que

se le atribuyen se narran las vidas de reyes noruegos. En *Fagrskinna* se incluye un período prehistórico (*Ynglinga saga*) que habla sobre los reyes de Suevia y Noruega, destacando que los tres primeros reyes suecos fueron dioses míticos, como Odín, Njördr y Freyr. Aunque los primeros capítulos de esta saga contienen fuentes míticas, la misma se ubica como un trabajo de clara reivindicación histórica².

Los pedigrís reales de los reyes sajones occidentales fueron conectados en el tiempo a los nombres de dioses, monarcas escandinavos de las leyendas heroicas y hasta a las figuras bíblicas como Adán, con la intención política e ideológica de conferir verosimilitud y autoridad a los soberanos. Para muchos estudiosos³, la apertura de estas genealogías a un remoto pasado no deja de ser un reflejo seguro y fidedigno de una antigua tradición oral. En la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, de Beda, los ancestros de los reyes de remontan a Wodan (Odín); en una genealogía franca se hace derivar a varias tribus germánicas de Ingo, Ermenio y Escio, nietos epónimos del dios Tuisto (Tác., *Germ.*, 2). Se observa aquí un empleo útil del mito y su historización. Este concepto de utilidad sugiere pensar los mitos como etapas en procesos gobernados por las cambiantes condiciones históricas. Tales condiciones, además, ejercerán profunda influencia en el desarrollo del mito y en su estudio desde una óptica académica.

La mente antigua y medieval estuvo predispuesta a pensar, pues, en términos de tipos, símbolos, mitos y universales. En la transición de la filosofía griega a la teología cristiana, lo trascendente se hizo inmanente, lo eterno histórico, pero la historia humana adquirió una significación espiritual. El pagano proceso esotérico mitológico, especialmente de muerte y resurrección, llegó a ser en Cristo una realidad histórica concreta, llevando a cabo la transformación del entero movimiento de la historia. El cristianismo ofrecía a la humanidad un definido modo de vida garantizado por escrituras e instituciones de validez cósmica. Si bien las antiguas deidades míticas se transformaron en figuras doctrinalmente establecidas, la cosmovisión cristiana siguió estructurada por un principio trascendente (*vid.* Tarnas, 1991, pp. 110-111). Así, la fe se convirtió en el primer medio, en tanto que la razón el segundo, para comprender el significado profundo de las cosas.

Si bien la mitología nunca estuvo ausente de la cultura ortodoxa medieval, a través de alegorías e imágenes estéticas, las clasificaciones de humores o elementos, o por medio de las denominaciones planetarias de los días de la semana, los humanistas recurrieron

² Se observa aquí una clara mentalidad mítica y un nexo entre mito e historia. Snorri trabajó como un historiador que limitó su mitografía a ciertos detalles que la audiencia encontraría, sin duda, históricamente posibles y plausibles. *Vid.* Gurevich, 1971, esp. pp. 46-47. La mitología ha sido, a veces, usada para valorar nuestra propia cultura a expensas de otras. Bajo estrategias historizadoras útiles se consigue asegurar una preeminencia cultural e histórica.

³ Es lo que argumenta Dumville, 1977, pp. 72-104, esp. pp. 97-100. *Vid.* también Schrempf y Hansen, 2002, esp. pp. 230-231.

sistemáticamente a un conocimiento espiritual e imaginativo expresado a partir de la Grecia clásica y de textos de carácter mítico-religioso, zoroástricos, babilonios, egipcios y hebreos, produciendo un nuevo encantamiento del mundo con poderes mágicos y significados trascendentes ocultos. Se retoma la concepción de la historia como cíclica, más que lineal según la versión tradicional judeo-cristiana, y la época, el siglo xv, se entiende como un retorno mitificante a la gloria del pasado y a una edad de oro remota.

En el conocimiento del Universo es la imaginación la que se establece en la más elevada posición sobre el espectro epistemológico: se usan mitos como vehículos que comunican conocimientos psicológicos y metafísicos, y se observa una significación oculta de las cosas. Incluso se emplean divinidades planetarias como modo de discurso imaginativo (Tarnas, 1991, pp. 214-216). Esta sensibilidad religiosa y mítica revitaliza la vida espiritual occidental en el momento en que la secularización eclesiástica y el racionalismo extremo de las universidades medievales se estaban imponiendo. He aquí, otra vez, el balance y la tensión entre Platón y Aristóteles, inmanencia y trascendencia, razón e imaginación, espíritu y naturaleza, mundo externo y psique interior, balance inestable pero fértil en el desarrollo histórico de Occidente y base de la emergencia de la denominada revolución científica⁴. Implícita en las actividades, estéticas y científicas renacentistas, subsistía una noción no bien articulada de una distante y mítica edad dorada, era pasada y gloriosa. La degeneración humana desde este estado primigenio de iluminación se consideraba la causa de la drástica pérdida de conocimiento. Su recuperación implicaba, pues, un conocimiento de significación mítica, simbólica y religiosa.

Muchos lugares, hoy calificados de mitológicos, en otras épocas pretéritas formaban parte de la percepción del mundo. La relación entre la progresión de los acontecimientos históricos y la mutación de los mundos imaginarios en las mentes humanas es íntima. En los tiempos de los grandes descubrimientos, durante el siglo xvi, los mitos fueron auténticos móviles de las acciones. Los ímprobos intentos de descubrir lugares míticos determinaron la actitud de muchos descubridores, verdaderos pioneros. Es así como se trazaron mapas, escribieron tratados y se emprendieron arriesgadas navegaciones y difíciles exploraciones terrestres.

⁴ Los conocimientos empíricos de la antigüedad, aquellos de Mesopotamia, Egipto, Grecia o China no se corresponden, según algunos pensadores, a ciencia en sentido estricto porque estas grandes civilizaciones no desarrollaron un método, idea o proyecto de entendimiento sistemático del mundo natural (aunque los griegos lo intentaron, lo encontraron, pero no resultó eficaz). Si se acepta (aun siendo discutible) que no desarrollaron una concepción racional del mundo, ello no significa, desde luego, que no tuvieran capacidad de racionalizar. Muy poco razonable, y sin duda muy discutible, es el señalamiento de que antes de la Ilustración se «desconociese» la habilidad humana de razonar o que la misma estuviese «oculta», no se sabe muy bien en qué lugar. Al respecto véase Sacristán, 2006, esp. pp. 42 y 64. Resulta interesante el acercamiento crítico sobre la Revolución Científica de Shapin, 2000, pp. 35-39 y ss.

El espíritu de los descubridores estaba impregnado de mitos geográficos⁵. Las propias teorías que manejaba Colón no dejaban de ser un encuentro entre la geografía mítica medieval y los conocimientos geográficos de la antigüedad clásica. En la tarea de reunir información, las creencias en mundos imaginarios y seres irreales descritos por la tradición y las Escrituras, era una tónica común entre los exploradores de los siglos XVI, XVII y XVIII, tan relevante, en ocasiones, como los avances técnicos y los conocimientos geográficos. No es exagerado decir, en este orden de cosas, que la asociación de los mundos imaginarios y míticos en las mentes de los descubridores de América y sus ansias de riqueza, fue un motor esencial en la colonización. La producción mítico-simbólica, por consiguiente, constituyó causa significativa de la exploración y el poblamiento europeo en el continente americano.

En ocasiones se pueden percibir metáforas históricas sobre realidades míticas, en particular en los procesos colonizadores, abocados muchas veces a metaforizar las realidades de los otros o a ser asumidos, más o menos legendariamente, en el contexto político y cultural foráneo; esto es, en el modo de «hacer historia» de las poblaciones sometidas. Un caso podría ser la vida y hechos del capitán Cook en el Pacífico, insertas en el contexto de los mitos y la historia de los indígenas hawaianos, de Fiji o Nueva Zelanda⁶. La continuidad de narrativas que sirve de intermediarias entre el mito y la historia que, en casos, podría ser la leyenda histórica, pueden ser identificadas en el campo del folclore, entendido, de algún modo, como la mitología racionalizada de las sociedades modernas.

El hombre incorpora al presente imágenes e historias pasadas, de otras épocas, estableciendo así las bases para el recuerdo esperanzador. Este aspecto es el fundamento de los relatos míticos, en los que se recluye la repetición, actualización, imitación y conservación de ese pasado, y de los históricos, en los que se instala el recuerdo y su interpretación. Las mismas sociedades históricas constituidas mitifican sus pasados cuando se vinculan a pasados clásicos considerados cumbre, que hay que restaurar. Renacimientos y restauraciones son una manera de recurrir al pasado con la intención de alumbrar el futuro, en un recuerdo que supone una vinculación afectiva. Los ejemplos al respecto son francamente innumerables: la conexión neosumeria de la III Dinastía de Ur con la tradición sumeria tras la presencia acadia de los sargónidas, o el vínculo afectivo cultural entre el Reino Medio egipcio en relación a las dinastías V y VI y la recreación modélica, autoritaria y de legitimación, del Reino Antiguo.

⁵ Sobre el imaginario americano es imprescindible Magasich y Beer, 2001, en concreto, pp. 7, 10 y 221-222.

⁶ *Vid.* Sahlins, 1976, sobre todo, pp. 10-12 y ss., y von Hendy, 2001, esp. pp. 257-258.

La memoria colectiva, de talante mitificante⁷, pero fundamento de lo histórico, requiere un proceso de reconstructividad, muchas veces sustentado en ficciones de un tiempo y espacio pasado, sobre el que el historiador busca discontinuidades y diferencias, momento en que el pasado deja de ser vivido para ser recordado, hecho abstracto e interpretado. En ocasiones, las propias genealogías salvan las distancias entre los presentes y los tiempos arcaicos, con la finalidad de legitimar las estructuras actuales a través de un prestigioso enlace con los orígenes paradigmáticos. Si bien la tradición oficial, ortodoxa, histórica, sustituye a los mitos de los orígenes, el recuerdo hace que la historia se mitifique, sin que ello implique que se haga irreal, sino que se transforma en una realidad que se entiende como una fuerza normativa y formativa sin caducidad.

El interés por el pasado no es, en realidad, estrictamente histórico, sino mucho más amplio: el de la legitimación y la justificación integrados en la tradición y la identidad. De hecho, el poder político necesita un origen, que legitime a sus gobernantes y los perpetúe en un futuro. Este origen es, naturalmente, mítico. Cuando un pasado se consolida y se interioriza en una historia fundante se mitifica. El interés de la historia en tal caso no estriba en la objetividad ni en la verificación, sino en su significación fundante y mitificante (la simbolización de Masada para el ejército israelí, o el holocausto para el pueblo judío, por ejemplo) (*vid.* Assmann, 2011, pp. 68 y 73; Schott, 1992, esp. pp. 172-173; van Seters, 1989, pp. 19 y ss.). En la historia fundante, el mito es una suerte de pasado concentrado.

El mito es, en consecuencia, la referencia narrativa del pasado, proyectándose sobre el presente y el futuro. Hace que el presente se llene de sentido, haciéndose necesario e inmutable (como el mito osiriaco para la realeza egipcia o el éxodo para Israel). La narración mítica también arroja sobre el presente histórico lo desaparecido, perdido y marginado, lo que provoca la relativización del presente ante un pasado grandioso, glorioso, en una palabra, mejor⁸; esto es, una época heroica que, no obstante, puede convertirse en utópica.

⁷ La memoria cultural contiene una protohistoria mítica, se expresa a través de una comunicación ceremonial-festiva, se codifica y escenifica de modo tradicional y simbólico en ciertas imágenes y palabras, se establece en una estructura temporal que supone un pasado absoluto y suele manifestarse a través de especialistas, como chamanes, bardos o sabios. *Vid.* Assmann, 2011, pp. 20, 34-35, 41, 49 y 55; y Niethammer, 1985, pp. 11-16 y ss.

⁸ Los movimientos históricos de resurgimiento nacional suelen movilizar un recuerdo de un pasado que contrasta poderosamente con el presente, y que pretende erigirse como la situación real, verdadera, auténtica que debe restablecerse. Tal situación suele ser utópica y mítico-religiosa, además de ser propicia para el desencadenamiento de fundamentalismos. *Vid.* Smith, 1986, esp. pp. 26-30. La inspiración de una comunidad nacional en la conciencia histórica no se puede desligar de la imaginación de continuidad con un pasado que se puede remontar al inicio de los tiempos. El hombre se adapta a la cultura como a un mundo de sentido simbólico, que es el que le transmite el mundo simbólicamente. La historia viene a ser, así, una tradición nacionalizada. *Vid.* van Seters, 1989.

Existen, por consiguiente, numerosas ideas preconcebidas, especialmente sobre la antigüedad, que la tradición y los historiadores han convertido en mitos. Es el caso de Tutankhamon (la percepción social de la egiptología parece estar, en cierta medida, anclada en modelos literarios y cinematográficos), la arcadia feliz, la Europa celta o la mismísima democracia griega, un auténtico mito político formado en época de las revoluciones francesa y americana, momento en que democracia es sinónimo de orden y buen gobierno, y se requería legitimar el nuevo orden en un pasado paradigmático. Se trata de mitos con fuerte carga sentimental, visceral, que todavía forman parte del acervo cotidiano.

3. MITO «HISTORIZADO». ENTRE NACIONALISMOS, IDEOLOGÍAS Y UTOPIÁS

Los mitos históricos han afectado, como es conocido, los constructos nacionalistas, sobre todo el nacionalismo inglés y francés, incluso el pan europeísta. En tal sentido, los celtas, por ejemplo, se han cargado de esencialismo occidentalista para poder explicar la supremacía de Europa⁹. Los celtas, a través de la imaginación popular, fueron ubicados en varias épocas concretas de la historia. En ocasiones, los historiadores han modelado la visión del pasado para convertirla en un icono o imagen, en un mito propiamente dicho, en el que se pueda reflejar la sociedad presente, propiciando una suerte de auto-complacencia, y «creando» también un pasado prestigioso que justifique ciertos aspectos del presente. El todavía fascinante mito céltico empezó a construirse gracias a los autores antiguos, griegos y romanos. A esta iniciativa se unirá la lengua como un elemento de identidad, y una manipulación política de ámbito nacionalista, lo que será usado como mitos fundacionales de historias nacionales (así el caso de Francia), o como la raíz histórica de diversos movimientos regionalistas, tales los de Bretaña o Galicia.

En las emergencias de los nacionalismos, en concreto en época del predominio del romanticismo, el mito fomenta un lenguaje e historias diversas, que son entendidas por las naciones-estado como fundacionales. De este modo, los mitos se constituirán como voces primordiales y auténticas del pueblo, adquiriendo así la forma de una verdadera ideología narrativa. Desde el siglo XVIII, y gracias a los escritos de Mallet, Macpherson o Herder, las naciones empezaron a buscar en sus mitos, leyendas y narraciones épicas, como la Canción de Roland, el Cantar de los Nibelungos o el Kalevala, signos visibles, a través de mitos re teorizados, de autenticidad tradición y también identidad colectiva nacional. Pero los mitos se convirtieron en peligrosos discursos de diferenciación, asumiéndose con ellos las trazas de los orígenes comunes de un pueblo concreto o los

⁹ Es de obligada consulta al respecto Cardete, 2010, esp. pp. X, XIII-XIV y p. 55. La habitual escasez de referencias y la fragmentación de fuentes, suele alimentar la imaginación, que es la que rellena las lagunas contextuales, a veces con cuentos de gloriosos pasados.

detalles idiosincráticos que corresponden a los valores y carácter de una nación¹⁰. Con ellos se facilitaba la idea de unidad cultural y política. Así pues, la reconstrucción y recuperación de mitos será esencial en la conformación de los nacionalismos: los grupos humanos se movilizaban sobre las bases de mitos, lenguaje, y una prehistoria esencialmente mitológica para construir una identidad colectiva, buscando con ello formalizar un pasado y un futuro nacional de unión y de poderío.

Algunas ciencias, particularmente históricas o antropológicas, como la arqueología, se han visto lastradas por ciertas imágenes míticas, aquellas que la contemplan, todavía hoy, como una labor enigmática, entretenida y propia de curiosos, que permite el traslado hacia el «otro» como algo igual y distinto a nosotros, pero que ya se ha perdido para siempre¹¹.

Si los hechos son representaciones realizadas sobre los datos, y no son neutrales ni asépticas, los acercamientos posibilistas en historia se convierten, pues, en moneda común. Así ha pasado, sin ir más lejos, con la interpretación de la Revolución Francesa, que ha cambiado sustancialmente según los autores: de J. Michelet a J. Jaurès, y hasta E. Labrousse. En cada período histórico solamente es posible pensar de una determinada manera, según el modelo cambiante de vinculación entre palabras y cosas (y a partir de que el conocimiento es una imagen parcial de la realidad). Se ha pasado de entender a las palabras como esencia de las cosas, pasando por la visión de las palabras como marcadores analógicos de los hechos y como significantes que permiten el acceso racional, a la esencia de las cosas, a la conciencia de la construcción social, contingente y variable de todo el conocimiento. En nuestro campo histórico tendremos que seguir viviendo con la presencia de diferentes pasados, todos con respectivos porcentajes de razón (vid. Foucault, 1968, esp. pp. 46-54 y ss.). Esta variabilidad, propia de lo mítico, es la que permite la convivencia de las diversas culturas y la preponderancia de lo democrático, en donde no hay una verdad, sino muchas y variables.

En el estudio de la historia siempre es necesario buscar las relaciones entre la realidad y las imágenes, tanto en la historiografía como en las fuentes, pero también, no se olvide, en nosotros mismos. Cualquiera que se pueda acercar a ciertos temas históricos, como el de Alejandro Magno, por ejemplo, debe afrontar, inicialmente, la historia de su imagen y la antigua formación del mito que lo acompañó. Nuestra sensibilidad como observadores es lo que posibilita despertar mecanismos reflexivos que ayudan a comprender el pasado. La historiografía actual no puede prescindir del mito, saltándose para aprehender la «realidad», porque si lo hace lo único que se logra es legitimarlo, y

¹⁰ Sobre estos asuntos son destacables Feldman y Richardson, 1972, pp. 110-123 y ss.; Bietenholz, 1994, esp. pp. 65-66 y ss.; Lincoln, 1999, pp. 51-54.

¹¹ Sobre la imagen del arqueólogo en la sociedad occidental, debe revisarse Cardete, 2010, esp. pp. 104-106, 150-151 y 173-174; Holtorf, 2007, pp. 11-12; González Ruibal, 2003, esp. pp. 23-27 y ss.

entenderlo como una verdad admitida sin reflexión de las tradiciones interesadas. La preocupación por entender el entorno posibilita, sin duda, la introducción de lecturas novedosas acerca del pasado.

Los historiadores, además, nunca han sido inmunes a la fabricación de mitos, imbuidos en sus particulares *zeitgeist* de época. El historiador debe entenderse como un mediador, no como un juez inapelable. Es por eso que la historia no puede evitar abrirse a la antropología, el arte o la psicología, así como la expresión literaria. Muchos mitos políticos, por ejemplo, como ya se ha comentado, alentaron la identidad nacional, justificando, o desafiando, las instituciones y las conductas establecidas (*vid.* Munslow 2003, pp. 45-56; Taylor Stevenson, 1969, pp. 55-57; Mali, 2003, esp. pp. 98-115; Cruz y Frijhoff, 2009, pp. 3-5 y 10). El mito, en su sentido conversacional, puede galvanizar las relaciones entre un texto histórico y sus lectores, haciendo que la sustancia del pasado y el presente aparezcan como artes interrelacionadas de la misma realidad. En muchas ocasiones, los legados para la posteridad de ciertos personajes relevantes perduran más allá de su tiempo y reviven con una finalidad política o social determinada, como le pasó a Guillermo de Orange y a la casa de los Orange, con todas sus virtudes, en Holanda, por ejemplo¹².

A lo largo de la historia se crearon, forjándose genealogías nobles o formando las bases de los programas revolucionarios, sin ir más lejos, muchos mitos emblemáticos con la finalidad de conferir un sentido de identidad. De tal modo, con los mitos se puede ofrecer textura emocional a las interpretaciones históricas. Los historiadores son, de muchos modos, propagadores y consumidores de mitos. Los usan para discutir interpretaciones historiográficas o como mecanismos que posibiliten (si es el caso) los acuerdos con las fuentes, interpretaciones o creencias (*vid.* Sauvy, 1965, esp. p. 78; Topolski, 1994, *passim*).

La historia, por otra parte, frente a la masa de saberes tradicionales, no deja de ser una imposición etnocéntrica propia de un cierto colonialismo pedagógico occidental. En los últimos tiempos, la fascinación mítica ha empezado a impregnar el lenguaje histórico de nuestras academias e historiadores, cientifista y neopositivista, propiciando una revalorización metodológica de la mitología. Las posiciones, por un lado historicista de la historia, que hace de la misma la suprema objetivación, y por el otro culturalista, en virtud de un único espacio cultural como referente etimológico han intentado ubicar el mito en un espacio y tiempo preciso y ya periclitado. Pero lo cierto, es que ni la filosofía, ni la tragedia, ni la historia lograron bloquearlo.

La historia no es la traductora-interpretadora de un sentido propio (y único) de los acontecimientos, pues existen muchos sentidos figurados, y la comprensión antropológica

¹² El poder simbólico del mito cubre diversos significados, no a lo largo del tiempo, sino con simultaneidades.

del mito y de la humanidad trasciende sus límites. La historia, tanto refiere lo no repetitivo de la diacronía, para la que la cronología supone un soporte racionalista y explicativo, como busca instaurar sentido a través de la comparación repetitiva, la redundancia propia del lenguaje mítico. Como epopeya de la humanidad en ella pervive una numinosidad mítica trascendente de la positividad histórica¹³. No hay una sola historia de la humanidad, como tampoco hay una historia única y continua del saber, pues no hay un solo tipo de objetivación en una misma cultura. Así, la objetivación de los saberes, del lenguaje, la religión, el mito, el arte o la técnica no se reducen a un mismo esquema. Mientras el mito señala las sincronías y constantes de sentido humano, la historia marca y especifica las variaciones diferenciales diacrónicas, lo que la hace derivar del primero. La adquisición del sentido histórico no se desliga de la redundancia mítica y la resonancia tradicional.

La historia es más o menos objetiva, pero también es existencial, en un marco en el que las subjetividades suelen ajustarse en una sobre determinación simbólica de la que surge el sentido. Esto es, bajo la historia cronológica del acontecimiento objetivable, subyacen recitativos que proporcionan sentidos. La historia objetiva adquiere sentido por medio de una referencia subjetiva (la del historiador y su tiempo). Es en esencia retrospectiva: el pasado solo existe a través de la mirada que lo inspecciona, otorgándole rostro y, además, sentido¹⁴. Es muy difícil negar, en este contexto, que las imágenes históricas suelen ser más poderosas, reales y efectivas, que el acontecimiento objetivable y cronológico. Así el mito que rodea a Bonaparte es más eficaz y atractivo que la personalidad del general, y Don Quijote, más real que el mismo Cervantes¹⁵.

El imaginario de un mito, como el de una narración histórica, depende del poder de las imágenes que sean usadas por el historiador, pero también del lenguaje y de la semántica del mismo, en la que es frecuente ver la utilización de la metáfora, la metonimia y hasta el oxímoron. Subyacente a los textos operan figuras y esquemas que son matrices de sentido, además de operadores que provocan el traspaso de un sentido universal a uno particular y viceversa (*vid.* Ricoeur, 1975, esp. pp. 270-272 y ss.; Wunenburger, 2008, pp. 36-37; Cassirer, 1953, esp. p. 45). El imaginario de una persona, en ese caso el historiador, es esencialmente inseparable de las grandes simbologías, así como de la mitología política que impregna sus representaciones nacionales, las instituciones de poder y las transformaciones sociales.

¹³ Únicamente lo que puede repetirse es científico, puede transmitirse. El modelo de la redundancia es la tradición. Así, hay una historia sagrada, mítica y ejemplar sobre la que se modelan hechos de la historia de los grupos humanos. *Vid.* Durand, 1999, pp. 75, 85 y 89.

¹⁴ Sobre la necesaria remitificación de la historia y su desmixtificación para evitar el everimerismo occidental cristiano, *vid.* Durand, 1999, pp. 124-126.

¹⁵ *Vid.* al respecto el clásico trabajo de Tulard, 1970, pp. 22-23 y ss.

Los seres humanos hallan motivaciones extra en relación a las normas de la vida social (respeto a las autoridades o sujeción a las leyes), en el específico marco urbano, a través de los mitos. La misma fundación de las ciudades, como antes se dijo, no escapa de los mitos de origen, que son los que establecen su destino, legitimando su institucionalidad y propia historia. Entre estos elementos míticos se destaca la asociación del espacio urbano al mundo divino, la ritualidad constituyente y la instauración de un nuevo *mundus* que reactualiza la dialéctica natura-cultura o ley-desorden, en la que la institucionalidad no es posible¹⁶. De esta manera, la urbe, ancestro del Estado, se convierte en el soporte de la utopía que vio en ella, al menos desde el siglo xvi, el sustituto «mundano» del paraíso perdido. La imaginación política, como actor de la historia, suele ser una justificación de factor de cambio de las estructuras sociales. Partidos políticos, como asociaciones de distinto tipo o grupos deportivos, mantienen como señas propias símbolos, mitos y hasta una iconografía de identificación.

Son incontables los casos en los que la historia efectiva de un pueblo o nación, así como sus narraciones míticas de retrospectiva se suman para conformar el imaginario propio de esa población. Es ese imaginario, pleno de mitos, el que nutre la memoria cultural nacional y modela ejemplarmente, la sensibilidad, el gusto, los valores y estilos de la sociedad. Los retornos cíclicos de conjuntos míticos a lo largo de la historia han servido como nuevos interpretantes de las experiencias sociales. Es así como el atlas geo cultural medieval europeo recibe, verbigracia, los mitos dominantes de una época, la antigüedad, creando una dinámica de pluralización que garantiza la pregnancia del mito en la cultura.

Veamos otro ejemplo mucho más contemporáneo. Los mitos estadounidenses, sin ir más lejos, que conformaron sus raíces culturales, estuvieron signados por una peculiar mezcla de política puritana, materialismo hedonista y religiosidad maniquea y de tipo mesiánico. Los Padres fundadores de los ideales estadounidenses transmitieron a los colonos blancos europeos una fe de misión y mesiánica inspirada en el calvinismo. Como nuevos elegidos esos primeros ciudadanos se perciben míticamente como hombre de extrema bondad e intachable moralidad, que deben velar por la imposición del bien sobre el mal, encarnado en el indio de las praderas durante el proceso de conquista del oeste. La emancipación de la servidumbre autoritaria europea se convirtió en el *leit motif* para el nacimiento de una nueva historia que debía eliminar la previa. Se sobrevalora ahora la imagen materna como figura nutricia (tras el derrumbe del padre inglés), hecho que se constata en el propio imaginario estadounidense, que ha privilegiado un universo infantil, inmaduro, el de los cómics, el de Mickey Mouse, el de los afectos al mundo natural de los animales (*vid.* Marienstrass, 1992, esp. pp. 76-78). Incluso la igualdad no procede de la institucionalidad civil, al modo de la tradición francesa, sino de la

¹⁶ *Vid.*, sobre el ámbito mítico de la democracia, Wunenburger, 2002, p. 19; 2008, esp. 52-53; Castoriadis, 1983, esp. pp. 45-48 y ss.

expresión (mítica) de una naturaleza fraternal cercana a Dios. Modernamente, además, el culto mitológico al dinero, expresado a través de la moneda nacional, se convirtió en un modelo ideal. La tarea es hacer fructificar las riquezas naturales, procedimiento simbolizado, culturalmente hablando, en el dólar.

Por su parte, las utopías confirieron un contenido figurativo y sensible a las ideas abstractas. Las instituciones socio-políticas y muchos de los ideales de la vida colectiva han encontrado expresión en hipotiposis que ejemplifican lo planteado como contenidos intelectuales¹⁷. Las utopías modernas, a partir del siglo XVI, fueron versiones residuales de mitos religiosos, imitadoras de sus topografías espirituales, y seguidoras de los mitemas de la luz y la transparencia. Pero ahora, en lugar de arquetipos de un espacio espiritual, se proyectan sobre la tierra, convirtiéndose en prototipos de las ciudades deseadas por el ser humano. Se mezclan dos búsquedas de ciudades, espiritual e histórica. De esta manera, la utopía configura imágenes que operan sobre ideas abstractas, sociales, políticas y económicas.

Las utopías modernas, entonces, nacen en un contexto histórico-cultural signado por la simbología del espejo y la luz, derivada de los universales medievales (sobre todo las tradiciones franciscanas y agustinianas), y de las mitologías solares de la antigüedad, tanto egipcia como griega. Las utopías han acompañado los progresos técnicos y los cambios morales y estéticos. La utopía política, como la literaria, se impone como tecnología sociopolítica, amoldándose a las formas de la racionalidad imperante, con el deseo expreso de reconocer el mundo para así exaltar el poder humano sobre la naturaleza, ya separada de Dios.

Los espacios urbanos profanos, que técnicamente suplantán las tierras sacras míticas harán presente, no obstante, paisajes de carácter edénico propios del imaginario diurno, en los que se estandariza el hábitat, se imponen actividades productivas o se interiorizan leyes genéricas para todos los ciudadanos. Un ejemplo notable de esto fueron los urbanismos pro soviéticos en la Europa del este (*cf.* Wunenburger, 2008, pp. 112-118). En algunos casos, sin embargo, el utopismo occidental engendra posibilidades de ensañaciones sociales que se orientan, más que hacia un pasado paradigmático originario, hacia un futuro más o menos lejano, siguiendo las líneas maestras de un progresismo que fatiga la historia. En cualquier caso, han proporcionado a la existencia sociopolítica histórica, diversas posibilidades de sueños sociales que, sumados a futurologías y profe-

¹⁷ En la utopía la imaginación se subordina y complementa a las informaciones racionales, empleando algunos de sus elementos constitutivos, como la uniformidad y la transparencia. Puede aparecer como un verdadero avatar religioso tradicional y, a la par, como un ejercicio reglamentado de deducción científica. Las tendencias culturales que generaron las utopías convergieron con la filosofía cartesiana, en el que se impone un orden intelectual luminoso. En tal sentido, desarrolla en el ámbito del conocimiento del mundo la misma utopía que las que prescribían ciudades solares. *Vid.* Lapouge, 1978, esp. pp. 121-123; Manuel y Manuel. 1979, esp. pp. 45-50.

cías de distinto tipo, permiten equilibrar un tanto el férreo mandato de la racionalidad crítica instituyente.

Los propósitos políticos, ideológicos, propagandísticos de la historia, muchas veces con intereses nacionalistas, han propiciado su empleo mitificado y su re-escritura modificada, para que sirva como inspiración, sin desdeñar sus efectos evocadores. Es el empleo público de la historia llevado a cabo en la Unión Soviética, en la Alemania nazi o en la reconsideración, desde puntos de vista no eurocéntricos, de los logros de Cristóbal Colón, por ejemplo. En ellas se elaboró un cierto discurso práctico con un vocabulario simbólico¹⁸. Así, el pasado ha sido, y es, reinterpretado y la historia re-escrita, de acuerdo con los requerimientos del presente. El historiador asigna grados de probabilidad que son proporcionales a la evidencia disponible, si bien también puede «asegurar» (en función de la originalidad de las circunstancias que testifiquen), aunque a expensas de futuros acuerdos de asentimiento o disenso.

4. CONCLUSIO

La verdad objetiva de la historia hoy día se contrabalancea, en definitiva, al asumir la multiplicidad de relatos sobre el pasado, ninguno de ellos de especial privilegio, pero todos provistos de iluminación desde sus propias perspectivas. Recordemos que no se puede escribir historia sin ningún punto de partida, sea el mismo ideológico o filosófico¹⁹. Así, cuando hacemos historia, en realidad, lo que logramos es establecer hipótesis tentativas y posibles versiones, siempre sujetas, además a continuadas revisiones. Incluso cuando el afán cientifista de la historia se estableció, hecho que la convirtió en una disciplina seria y respetada (en un modelo académico), que buscaba adquirir la verdad final, no dejó de planear sobre ella una «fe» de intensidad religiosa, en tanto que las leyes naturales y los eventos del pasado se entendían que derivaban de Dios. Desde antiguo, la historia ha sido vista como una terapia, un medio de evasión o de escape de los problemas actuales (en la misma medida de un relato de ficción, un cuento o una novela). Se valoró como un interesante entretenimiento, pero también como un mecanismo de acción paradigmática, que muestra lecciones a seguir (análogamente a los mitos). Así, a su utilidad se le sumó su carácter instructivo.

Cualquier versión de los eventos, cualquier explicación de lo sucedido y también cualquier explicación del pasado, contiene un fondo personal y, por eso, es individual y contingente. La historia es, en buena parte, lo que el historiador elige que sea historia.

¹⁸ Es muy destacable la orientación internacional del nuevo libro de texto de la historia europea que hoy se usa en la Unión Europea, y que ha sido escrito en seis idiomas diferentes, cuya intención, no velada, ha sido la de re-escribir el pasado para hacer que la Europa unida sea el destino del continente. *Vid.* Geyl, 1955, pp. 56-57 y 114-118; Southgate, 1996, esp. pp. 48-49.

¹⁹ Puede verse, acerca de la visión postmoderna de la historia, Jenkins, 1991, esp. pp. 90-92 y ss.; Southgate, 1996, pp. 8-9 y 29-30.

No existe un punto de vista privilegiado desde el que asegurar la relativa validez de las diferentes versiones y, por tanto, no se puede acceder a un pasado puro, «tal como fue», sino a muchos posibles y probables pasados²⁰. Además, no debemos pasar por alto que una parte importante de los hechos han sido modelados y condicionados por el lenguaje, en tanto que éste construye la situación existente. La historia confirma, únicamente, una cierta definición de realidad; trabaja en perspectivas relativas: nuestra historia de los otros diferirá de su historia de ellos mismos.

Siendo consciente de la variabilidad de las diferencias culturales, la historia, como el mito, está irremediablemente abocada a abrirse a diversas posibilidades de acercamiento e interpretación. La historia es tentativa; es un argumento sin fin. Incluso las periodizaciones, se ha reseñado ya, son convencionales, y arbitrarias, marcas que acotan una masa un tanto inmanejable de acontecimientos, más o menos indefinidos, en su globalidad. Las presuntas precisiones cronológicas son, básicamente, parámetros o límites que apuntan posibilidades siempre discutibles, que marcan los constructos históricos. La historia ha pretendido cerrarse, sin éxito, a la imaginación, en virtud de las aspiraciones científicas de los historiadores. Pero al estar vinculada con la gente, y al tener que enfrentarse a una amorfa masa de datos, el entendimiento histórico requiere bastante más que la aplicación de la mera razón para poder hacer entendible el mundo.

Clío, esto es la historia, no siempre es fría, huraña e imparcial, en virtud de que lo real es, en ocasiones, tan imaginado como lo imaginario. El uso de modos expresionistas e impresionistas de representación para dramatizar la significación de los datos suele ser muy habitual entre los historiadores. Las técnicas novelísticas, las invenciones estilísticas, las discontinuidades narrativas y la textualidad polivocal aparecen ahora como técnicas recomendadas, y usadas, por algunos de tales historiadores (*vid.* White, 1978, pp. 46-47 y 121; Burke, 1992, pp. 237-240; Schama, 1992, pp. 327-328). El pasado siempre se puede ver desde innumerables puntos de vista; se pueden, desde el mismo, seleccionar diversos asuntos como relevantes y trazar diferentes cadenas causales. En consecuencia, una infinidad de interpretaciones pueden estar potencialmente disponibles.

Cualquier evidencia que deriva del pasado es, por tanto, parcial, en el sentido de ser únicamente una parte de lo que debió ser, y en el sentido también de no ser imparcial ni objetiva. Entonces, lo que hacemos es evaluar esa evidencia y conferirle algún sentido provisional. Así, la historia será reconociblemente personal y provisional, y no una inalterable demostración final. Recordemos que los eventos de la historia del pasado son, en sí mismos, neutrales e, inicialmente, están carentes de cualquier cualidad, de modo que pueden ser combinados de muchas maneras para constituir diversas creaciones.

²⁰ Para el escepticismo más arraigado, la historia no es más que un cuento probable, artificialmente construido y plausiblemente contado, donde falsedades y verdades se mezclan. *Vid.* Young, 1990, esp. pp. 19-20 y ss.; Southgate, 1996, pp. 68, 102 y 119.

La historia occidental tildada, acertadamente, de falo-logocéntrica, ha determinado las condiciones institucionalizadas de conocimiento, cercanas al progreso y la racionalidad, conformándose como una historia colonizadora, desde Europa, que se ha afincado como un auténtico mito moderno, caracterizado por su exclusividad y por obviar otras «historias», no solo posibles, sino existentes, en otros lugares y tiempos (*vid.* Derrida, 1982, esp. pp. 212-213; Young, 1990, esp. pp. 1-34 y 220). La historia puede contarse de muchas formas, ser argumentada de diversas maneras y pensada a través de diferentes perspectivas. Los contextos social, cultural y geográfico son aspectos relevantes a tener en cuenta en las perspectivas históricas. La variedad y pluralidad de dichas perspectivas no están alejadas de lo que subyace en las versiones de los mitos²¹.

La historia no debe ser vista, en consecuencia, como la única forma privilegiada de conocimiento (histórico) opuesto a otras formas de conocimiento. Como disciplina científica es un mito moderno del hombre moderno, que equivale a un más o menos eficiente método de análisis. Incluso la continuidad histórica, construida artificialmente a partir de conjuntos discontinuos que tienen diferentes temporalidades, en una cronología útil pero no del todo fiable (no es una entidad empírica) no aleja la historia del mito. La historia no deja de ser, entonces, una posible forma discursiva de entendimiento. Desde Europa, por ejemplo, se ha construido conocimiento, y ciencia histórica, sobre otras culturas mediante la fabricación de complejas series de representaciones, en ocasiones de marcado carácter idealista y esencialista.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Assmann, J. (2011). *Historia y mito en el mundo antiguo*. Madrid: Gredos.
- Bietenholz, P. (1994). *«Historia» and «Fabula»: Myths and Legends in Historical Thought from Antiquity to the Modern Age*. Leiden: E.J. Brill, Leiden.
- Burke, P. (1992). *New Perspectives on Historical Writing*. Cambridge: Cambridge Polity Press.
- Cardete, M. C. (Edit.) (2010). *La antigüedad y sus mitos*. Madrid: Siglo XXI.
- Cassirer, E. (1953). *Language and Myth*. Nueva York: Dover Publications.
- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Cruz, L. & Frijhoff, W. (2009). *Myth in History, History in Myth*. Leiden: E.J. Brill.

²¹ El historiador «cree» en la racionalidad de los procesos históricos, en la historicidad de la historia narrada, si bien la historia, como representación e interpretación del pasado, está sujeta, en tal sentido, a diversas subjetividades.

- Danto, A. C. (1990). *Narration and Knowledge*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Derrida, J. (1982). *Margins of Philosophy*. Chicago, Ill: Chicago University Press.
- Dumville, D. N. (1977). «Kingship, Genealogies, and Regnal List». En P. H. Sawyer, & I. N. Wood (eds.), *Early Medieval Kingship* (pp. 72-104). School of History: University of Leeds.
- Durand, G. (1999). *Ciencia del hombre y tradición*. Barcelona: Paidós-Orientalia.
- Feldman, B. & Richardson, R. D. (eds.) (1972). *The Rise of Modern Mythology, 1680-1860*. Bloomington: Indiana University Press.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. México, D. F.: Siglo XXI.
- Geyl, P. (1955). *Use and Abuse of History*. New Haven: Yale University Press.
- González Ruibal, A. (2003). *La experiencia del Otro. Una introducción a la etnoarqueología*. Madrid: Alianza.
- Gorman, J. L. (1982). *The Expression of Historical Knowledge*. Edinburgo: Edinburg University Press.
- Gurevich, A. (1971). «Saga and History: The Historical Conception of Snorri Sturluson». *Mediaeval Scandinavia*, 4, 42-53.
- Hill, J. D. (1988). *Rethinking History and Myth: Indigenous South American Perspectives on the Past*. Urbana: University of Illinois Press.
- Holtorf, C. (2007). *Archaeology is a Brand. The Meaning of Archaeology in Contemporary Popular Culture*. Nueva York: Random House.
- Jenkins, K. (1991). *Re-thinking History*. Londres: Routledge.
- Lapouge, G. (1978). *Utopies et civilization*. París: Flammarion.
- Lincoln, B. (1999). *Theorizing Myth. Narrative, Ideology, and Scholarship*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Magasich, J. & de Beer, J.-M. (2001). *América Mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Santiago de Chile: LOM.
- Mali, J. (2003). *Mythistory: The Making of a Modern Historiography*. Chicago: University of Chicago Press.

- Manuel, F. E. & Manuel, F. P. (1979). *Utopian Thought in the Western World*. Nueva York: Belknap Press of Harvard University Press.
- Marienstrass, E. (1992). *Les mythes fondateurs de la nation américaine*. París: Complexe.
- McCullagh, B. (1984). *Justifying Historical Descriptions*. Nueva York: Cornell University Press.
- Munslow, A. (2003). *The New History*. Nueva York: Longman.
- Niethammer, L. (ed.) (1985). *Lebenserfahrung und Kollektives Gedächtnis. Die Praxis der «Oral History»*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Ricoeur, P. (1975). *La metáfora viva*. Madrid: Europa.
- Ricoeur, P. (1982). *Hermeneutics and the Human Sciences. Essays on language, Action and Interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sacristán, J. D. (2006). *Vivir sin dioses. Utopía, ética y progreso después del mito*. Barcelona: del Serbal.
- Sahlins, M. (1976). *Culture and Practical Reason*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sauvy, A. (1965). *Mythologie de notre temps*. París: Payot.
- Schama, S. (1992). *Dead Certainties*. Londres: Granta.
- Schott, R. (1992). Das Geschichtsbewußtsein schriftloser Völker. *Archiv für Begriffsgeschichte*, 12, 166-205.
- Schrepp, G. & Hansen, W. (2002). *Myth. A New Symposium*. Bloomington: Indiana University Press.
- Shapin, S. (2000). *La revolución científica. Una interpretación alternativa*. Barcelona: Paidós.
- Smith, A.D. (1986). *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Oxford University Press.
- Southgate, B. (1996). *History. What and Why? Ancient, Modern and Postmodern Perspectives*. Londres: Routledge.
- Tarnas, R. (1991). *The Passion of the Western Mind*. Nueva York: Ballantine Books-Random House.
- Taylor Stevenson, W. (1969). *History as Myth*. Nueva York: Seabury.
- Topolski, J., (ed.) (1994). *Historiography between Modernism and Postmodernism: Contributions to the Methodology of Historical Research*. Amsterdam: Rodopi.

- Tulard, J. (1970). *Le Mythe de Napoleon*. París: A. Colin.
- van Seters, J. (1989). *In Search of History*. New Haven: Yale University Press.
- van Seters, J. (1989). «Tradition and History: History as National Tradition». *Histoire et conscience historique (CCEPOA)*, 5, 63-74.
- von Hendy, A. (2001). *The Modern construction of Myth*. Indianápolis: Indiana University Press.
- White, H. (1978). *Tropics of Discourse*. Berkeley: John Hopkins University Press.
- White, H. (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- Wolf, E. (1984). *Europe and the People without History*. Berkeley: University of California Press.
- Wunenburger, J.-J. (2002). *Une utopie de la raison*. París: La Table Ronde.
- Wunenburger, J.-J. (2008). *Antropología del imaginario*. Buenos Aires: del Sol.
- Young, R. (1990). *White Mythologies: Writing History and the West*. Londres: Routledge.
- Yourgrau, W. & Breck, A. D. (1977). *Cosmology, History, and Theology*. Londres: Plenum.